

«No hay peor ciego...»

Cuarto domingo de Cuaresma



P. Luis Alarcón Escárate
Párroco San José-La Merced
Vicario Episcopal Curicó y Pastoral Social
Capellán CFT-IP Santo Tomás Curicó

Jesús, vio a un hombre ciego de nacimiento. Escupió en la tierra, hizo barro con la saliva y lo puso sobre los ojos del ciego, diciéndole: «Ve a lavarte a la piscina de Siloé», que significa «Enviado». El ciego fue, se lavó, y al regresar, ya veía. Los vecinos y los que antes lo habían visto mendigar, se preguntaban: «¿No es éste el que se sentaba a pedir limosna?». Unos opinaban: «Es el mismo». «No, respondían otros, es uno que se le parece». Él decía: «Soy realmente yo». El que había sido ciego fue llevado ante los fariseos. Era sábado cuando Jesús hizo barro y le abrió los ojos. Los fariseos, a su vez, le preguntaron cómo había llegado a ver. Él les respondió: «Me puse barro sobre los ojos, me lavé y veo». Algunos fariseos decían: «Ese hombre no viene de Dios, porque no observa el sábado». Otros replicaban: «¿Cómo un pecador puede hacer semejantes signos?». Y se produjo una división entre ellos. Entonces dijeron nuevamente al ciego: «Y tú, ¿qué dices del que te abrió los ojos?». El hombre respondió: «Es un profeta». Ellos le respondieron: «Tú naciste lleno de pecado, y ¿quieres darnos lecciones?». Y lo echaron. Jesús se enteró de que lo habían echado y, al encontrarlo, le preguntó: «¿Crees en el Hijo del hombre?». Él respondió: «¿Quién es Señor, para que crea en Él?». Jesús le dijo: «Tú lo has visto: es el que te está hablando». Entonces él exclamó: «Creo, Señor», y se postró ante Él (Juan 9, 1. 6-9. 13-17. 34-38).

Estamos ya en la cuarta semana de cuaresma y este evangelio que se nos regala nos muestra el testimonio valiente de quien ha tenido un encuentro tan profundo con el Señor que al ser sanado ya no tiene temor de hablar y de contar su testimonio para invitar a otros a que crean en Jesús, aunque sea rebatido y puesto en ridículo.

Mirando el Evangelio, para los judíos la enfermedad era considerada un castigo recibido por alguna falta cometida por alguien dentro de la familia. De ahí que los fariseos le echen en cara la condición de pecador al ciego cuando les hace ver quien lo ha sanado.

Jesús hace entender que no es un pecado la ceguera. Lo que puede suceder, es que no teniendo a Cristo puede haber una falta de visión más grave. De hecho, el ciego de nacimiento, sin ver ha podido encontrarse con quien le devuelve la salud y ahora es consciente de su dignidad humana y es consciente de que el Señor es aquel que lo ha tratado de manera acogedora, le ha devuelto su alegría y sus ganas de vivir en un mundo que había sido totalmente enemigo de él. Su ceguera era un signo de maldición que le impedía integrarse en todas las actividades humanas.

A pesar de ella, luchó incansablemente para obtener respuesta, se sometió a las ofensas y calumnias de los que debían mostrarle la verdad, y no obtuvo nada. Solamente en un desconocido pudo hallar lo que siempre buscó. Aquello que era más que la visión física, era la integración en la vida comunitaria. La participación igual que todos los hombres y mujeres en todas las actividades de desarrollo.

Veo un llamado profundo a toda la sociedad a dejarse limpiar los ojos. Superar las visiones personalistas, que son un síntoma de ceguera, para entrar en actitudes que hagan posible los anhelos que todos buscamos: un país de hermanos, de reconocimiento de esa hermandad, de justicia para todos. Algo que está por encima de las visiones mundanas y que inspiran los talentos y dones que construyen una sociedad, porque el Espíritu no se puede apagar.